



El Profesor Sobejano (1928-2019) en el recuerdo

Yvan Lissorgues¹

Se fue el eminente Profesor Sobejano, el admirado amigo Gonzalo, el 10 de abril de 2019. Se le apagó la última luz de la conciencia en su piso de la Avenida Claremont de Nueva York, cerca de la Universidad de Columbia y a dos pasos del Instituto Hispánico, donde impartía cursos y recibía a sus estudiantes. Ahí vivía desde 1986 con su amada esposa, Helga, feliz y sereno hasta la desaparición de ésta en 1988, triste y solitario después de esa luctuosa fecha.

Durante los últimos años, una serie de achaques y enfermedades le arruinaron la salud. Lo peor, me lo confesaba en su última carta del 17 de febrero de 2019, escrita al dictado e insólitamente mecanografiada:

Desde hace más de un año, tengo visión disminuida y me es imposible leer y escribir [...]. Una estudiante de Columbia me lee de vez en cuando textos como libros, cartas, etc.

«Quién eres, tu vida era», a Gonzalo le gustaba citar este verso del «Nocturno yanqui» de su admirado poeta Cernuda y su vida, en gran parte, era leer y escribir. «Leo tanto»,

¹ Con mi agradecimiento a Santiago Díaz Lage por haberme invitado a escribir este último homenaje al Profesor Sobejano y a *La Tribuna* por difundirlo.

decía en 1999, «que casi no me queda tiempo para escribir». Era un decir. Le quedaba tiempo para escribir, siempre le quedó tiempo para escribir. Pero leía por vocación y para ensanchar los días acotados. Lo leyó casi todo. Asombra. Pero a menudo se sentaba para escribir. Tantas veces se sentó que todas las bibliotecas del mundo, llevan en el estante hispánico libros y artículos firmados con su nombre. «Sobejano», escribió un día Juan Cruz, «que tiene ese nombre consolidado por el prestigio y la *magia del saber* (el subrayado es mío), es también un tipo maravilloso, cuya presencia larga y fecunda en la neoyorquina Universidad de Columbia no le ha disminuido jamás el entendimiento de la metáfora española».

En la carta del 17 de febrero citada atrás, escribía:

Mi compañera Nora Glickman se ha ocupado de hacer, con Christopher Maurer, una edición privada de mis textos poéticos, que dentro de unos meses recibiréis.

No sé si ha salido a luz esta edición privada, ¡tan preciosa! Preciosa en primer lugar por alumbrar una veta desconocida de la actividad intelectual del eminente profesor que, si bien se confesaba poeta, nunca dio a conocer su obra poética. Deseo último, pues, fue dar el visto bueno a sus dos amigos para emprender esta edición. Por desgracia, es muy probable que le fuera negado a Gonzalo el placer de acariciar y hojear esta preciosa selección de poemas de toda la vida, es de suponer.

Sabíamos que era Gonzalo fundamentalmente poeta. Hay tantas maneras de serlo... Glosando a Rubén Darío, tal vez sea reflejo de ensimismada poesía «la luz de sus pensamientos» que en sus ojos «casi siempre se veía arder». Fue poeta en el sentido habitual de quien escribe versos, allá en su juventud murciana y madrileña, cuando su poemario *Eco en lo vacío* «que captaba en toda su inquietante intensidad lo que la poesía española joven era capaz de expresar en un contexto social deprimido» (Francisco Javier Díez de Revenga), obtuvo en Murcia, en 1950, el Premio Polo de Medina. Siguió siéndolo en Madrid cuando cursaba Filología Románica en las clases de sus queridos maestros, Dámaso Alonso y Rafael Lapesa. En Alemania de 1951 hasta 1963, entra en el cauce universitario, se casa con la amada Helga. «Podía así empezar mi destino de profesor, inseparable para mí del aliento de la poesía, escrita o vivida, de palabra o de hecho». Un día, hace años, confesó que en Alemania, en Heidelberg (1951-1953) quiso ser mejor poeta que antes y que «lo fue para sí mismo». Sabemos que lo fue para sí a lo largo de su vida: tenía su jardín secreto que siempre iba con él. Esperemos que, gracias a sus amigos de Nueva York, se abra un día la puerta del jardín secreto del Profesor Sobejano para que podamos caminar por sus sendas.

Poeta escondido fue Gonzalo, pero poeta de toda la vida.

Poeta lo era también en sus lecturas y en las palabras que le inspiraban, cuando buscaba la verdad íntima de las cosas (incluso de los personajes de ficción) más allá de las apariencias. «Para mí», dijo en su discurso de recepción del grado de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Murcia, en 1989, «la esencia de la poesía consiste en contemplar la apariencia, descubriendo su verdad y amarla con palabra de amor viva y el problema que,

como estudioso de la expresión literaria más me ha preocupado, ha sido el tránsito de la plenitud inmanente del sentimiento a la plenitud trascendente del texto poético».

Otro anuncio figura en la carta del 17 de febrero:

Y también tengo en impresión un libro en la editorial Cátedra donde recojo catorce estudios sobre la prosa narrativa del siglo XVII.

Esta obra, que tampoco salió a tiempo para que su autor la viera, vendrá a completar la serie de recolecciones de los artículos más notables sobre varios temas que el gran investigador publicó a partir de 2002 y que no deben de figurar en las bibliografías publicadas antes de aquella fecha. Por lo que hace a la bibliografía del Profesor Sobejano, el lector interesado puede abrir el imponente portal labrado por Francisco Javier Díez de Revenga y Enrique Rubio Enrique Rubio en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Ahí encontrará la ingente bibliografía casi completa levantada por el Profesor Díez de Revenga, compatriota murciano y amigo de Gonzalo. Otra bibliografía, casi completa, obra de Christopher Maurer, discípulo primero y después profesor y amigo fiel, se encuentra en el libro homenaje al Profesor Gonzalo Sobejano, *Prosa y Poesía*, publicado en 2001 y al cual aludiré más abajo. Casi completas, pues en ellas no figuran (o solo en parte) los cinco libros de artículos, tan útiles, reunidos por Sobejano en torno a un tema o a una época: *Inmanencia en poesía (De Lope de Vega a Claudio Rodríguez)*, Biblioteca Filológica, 2002; *Novela española de nuestro tiempo 1940-1974 (En busca del pueblo perdido)*, Marenostrum, 2005; *Lección de novelas (España: entre 1940 y ayer)*, Marenostrum, 2007; *Clarín crítico, Alas novelador (catorce estudios)*, Real Academia Alfonso el Sabio, Murcia, 2007; y por último, la colección de catorce artículos que en febrero del año pasado estaba en preparación en la editorial Cátedra².

En la carta, para mí preciosa, del 17 de febrero, evocaba Gonzalo, brevemente pero con manifiesta satisfacción el último honor que le tributaba España, a él en quien seguía vivo «el entendimiento de la metáfora España»:

Hace poco el cónsul de España aquí en casa, con la presencia de unos pocos amigos, me impuso el distintivo de Comendador de la Orden de Alfonso X, el Sabio.

¡Última distinción! El hecho es que su asombrosa y, en varios aspectos insuperable obra de investigación, universalmente conocida y apreciada, le han merecido al Profesor Sobejano los más altos premios y las más honrosas distinciones. Las distinciones que, además de honrarle, le conmovían más fueron las que le otorgaron su ciudad natal y la Universidad de Murcia: Premio Polo de Medina de poesía, 1950; Premio Laurel de Murcia (también de poesía), 1971; Doctor Honoris causa por la Universidad de Murcia, 1989; miembro correspondiente de la Real Academia de Alfonso X el Sabio, de Murcia,

² Escritas ya estas páginas, se ha publicado el libro "El pícaro hablador" y otros estudios sobre la prosa narrativa del XVII, Madrid, Cátedra, 2020. (N. del Consejo de Redacción

1992. Además, tiene en su haber premios y distinciones españoles por los que se sentía agradecido, como el Premio Nacional de Literatura Emilia Pardo Bazán, 1971; el grado de Comendador de la Orden de Isabel la Católica, 1986; la medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, 1989; y, por último, el distintivo de Comendador de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, impuesta, a mediados de diciembre de 2018, por el cónsul de España en Nueva York, en el piso de la Avenida Claremont.

En 2001, editamos Jean-François Botrel, Leonardo Romero Tobar, Christopher Maurer y yo y gracias a la amabilidad de Pilar García Mouton, directora de la editorial Gredos, un Homenaje a Gonzalo Sobejano titulado *Prosa y Poesía*. Además de una pertinente «Presentación» de Leonardo, de unas sentidas palabras de Jean-François, «Sobejano hispanista», de una minuciosa y casi completa «Bibliografía» establecida por Christopher y de una semblanza biográfica «Los días y las palabras del Profesor Gonzalo Sobejano» de un servidor, el libro, por imperativos editoriales, consta solo de treinta y seis contribuciones de amigos elegidos por el homenajeado, pero esta limitación se compensa por una «Tabula gratulatoria» compuesta de ciento treinta y seis nombres de colegas e instituciones.

El 12 de marzo de 2002, tuvo lugar en la Residencia de Estudiantes de Madrid un «Encuentro con Gonzalo Sobejano con motivo de la presentación del libro *Prosa y Poesía*.» Intervinieron en el Acto: Pilar García Mouton, Yvan Lissorgues, Christopher Maurer, Leonardo Romero Tobar. Fue un momento de intensa emoción, marcado por las calurosas palabras de agradecimiento del Profesor Sobejano.

El 11 de octubre de 2019, la Universidad de Columbia honraba su memoria en una solemne ceremonia presenciada por autoridades, colegas y amigos.

No creo sea oportuno hoy volver sobre la totalidad de la insólita obra que nos deja el gran maestro («Lleva quien deja», escribió Antonio Machado en el poema a la muerte de Francisco Giner de los Ríos, su inolvidable maestro). Tampoco lo es consignar nuevamente fechas biográficas. Sobre este punto me permito remitir a la semblanza «Los días y las palabras del Profesor Gonzalo Sobejano», en el libro homenaje *Prosa y Poesía* aludido atrás. Lo que me parece más sustancial es indagar en esa *magia del saber* en Sobejano, según la atinada y en cierto modo misteriosa fórmula de Juan Cruz, y en la que ya intenté calar en la semblanza antes citada.

«La perenne juventud del *Lazarillo* se debe a la gracia de su estilo y a la humanidad de su contenido». Esta frase es la primera de uno de los primeros estudios de Sobejano, allá por los años cincuenta. En ella hay dos palabras, *estilo* y *humanidad* que, en cierto modo, dan la pauta de la preocupación dominante del lector y del escritor que él era.

Para Sobejano, el lenguaje no es objeto cerrado sobre sí mismo sino vehículo de un pensar, de un sentir y trasunto, a veces, de otras «realidades» más profundas, insospechadas, innominables. Para él, el primer objeto, y objeto predilecto de estudio en la obra literaria, es el lenguaje humanizado, hecho estilo. Cada autor tiene su estilo; cada texto es un estilo (perogrullada, sí, pero que las teorías generales de la literatura olvidan a veces). La lectura de cualquier estudio de Sobejano revela, entre el texto y la mirada del crítico (palabra

inadecuada; en adelante entre comillas) una natural y espontánea relación de lucidez y humildad, que respeta el texto, alumbrándolo. Humildad, pues todo pasa como si las palabras de quien explica procedieran del mismo texto explicado y sin embargo son otras, son palabras de lucidez que parecen tener por finalidad hacernos ver con mayor claridad y sentir con más intensidad. Después de leer, pongo por caso, el análisis del capítulo XVI de *La Regenta*, el estudio «Cuerpo y alma en la poesía de César Vallejo» o el librito *Juan José Millás, fabulador de la extrañeza*, nos sentimos más en consonancia con el texto de Clarín, con la poesía de Vallejo o con las novelas de Millás, pues el rigor del análisis no es enfriamiento sino calor de claridad. Tomamos de prestado la lucidez del «crítico» para creernos más inteligentes pero agradeciendo a quien nos hace el favor. Así se crea, sin que lo sospechemos, una red de relaciones entre tres estilos, el del autor, el del mediador y el del lector (que también tiene su estilo) o, dicho de otro modo, entre tres formas de *humanidad*. Tal es la *magia* mediadora del *saber* de Gonzalo Sobejano.

Pero, que quiera que no, el análisis textual o «la descripción estilística» debe conducir al analista hasta los umbrales de la intuición (esa iluminación en calor de comunión), con el grato sentimiento de adueñarse de algo suyo en lo otro y, a partir de aquí, correr el riesgo de ir cabalgando por los cerros de Úbeda. Nunca se deja Sobejano llevar por la intuición más allá de lo debido. Lucidez: luz comprensiva que se alimenta de todo lo que uno es, esto es discernimiento y saber.

El «crítico» o mejor dicho el intérprete Sobejano, también tiene su estilo. Tan discreto que no se rompe nunca la impresión de que hace hablar al texto que explica; y eso que es de tan profunda claridad su «lectura» que la exploración minuciosa del estilo ajeno alumbraba zonas soterradas (cuando las hay), tal vez insospechadas del autor, poeta o novelista. Entonces entra en juego la capacidad de simpatía y aun de empatía (nociones precisadas y profundizadas por el mismo Sobejano en varios estudios), grado mayor (y mejor) de comunión humana.

Es esta misma capacidad de humana comunión simpática la que le permite leer y sentir en Ana Ozores la necesidad de recuperar alguna forma de entusiasmo religioso y mostrar que «la función de los valores religiosos y morales en esta novela naturalista de Clarín es de importancia capital»; y le mueve también a subrayar y explicar la compasión, «connatural a Miguel Delibes» («amigo incomparable»): «El ritmo de la compasión, esa virtud estética consistente en compenetrarse éticamente con el objeto de la atención creativa, que no es ideación ni fantasía, sino amor al prójimo».

Así se mueve Gonzalo Sobejano por el campo de la elemental poesía. A partir y a través del texto, respetándolo, nos desvela los universales del sentimiento envueltos en genuina y recatada vibración humana. Más allá del rigor analítico, envolviéndolo, siempre trasciende el calor de la propia palabra. No sorprenderá a quien haya penetrado su talante que sus estudios predilectos sean los que versan sobre «almas solitarias»: «Ana Ozores, mujer solitaria»; «Manuel Moreno-Isla, el enamorado de Jacinta en la más ambiciosa novela de Galdós, hombre solitario»; «el 'Nocturno yanqui' de Cernuda, conciencia solitaria en medio de la noche del mundo».

«La gracia del estilo» unida a «la humanidad del contenido». No se equivocaba nuestro admirado amigo al invocar estas cualidades, fundamentales para él, en uno de sus más tempranos estudios, allá por los años cincuenta, hace más de sesenta años.

Y para terminar y pidiendo disculpas, un texto más personal. Fue leído el 12 de marzo de 2002, en la Residencia de Estudiantes de Madrid, con motivo de la presentación del libro *Prosa y Poesía*.

Texto también en presente, como grabado en lápida.

A Gonzalo Sobejano. Retrato en el espejo de la amistad.

Hay afinidades electivas y hay amistades enaltecidas. Entrar en el campo de la amistad de Don Gonzalo es sentirse valorado, robustecido, enaltecido.

Sobejano, el bien nombrado, es hombre señero y ejemplar.

Señero por humilde en reconocida superioridad.

En él, la altura intelectual de gran maestro en todos los asuntos de cultura corre pareja con la gran dignidad de la pura sencillez.

Es Gonzalo Sobajano la personificación de esa inquebrantable entereza moral, de esa honradez intelectual que, en nuestros tiempos, tiende demasiado a disolverse en la ola de vanidad del posmoderno todo vale y del artero y vulgar comunismo de la apropiación indebida.

Modesto y humilde por el peso del pensar y del sentir, mira como cosa rara y extraña el energuménico afán de protagonismo que en torno suyo agita sus aspas de viento de molino.

Ejemplar, don Gonzalo lentamente camina cabizbajo por las buenas alturas de sus dominios espirituales, sin Dios pero con fe, y sus pasos contados cargados de recuerdos parecen iluminados por la pura sonrisa azulada de su mirada.

Su mirada clara de mirar profundo tiene destellos de esa bondad sin arrugas que es la eterna juventud del amor al otro, para quien sabe que todos vamos por la ruta de la vida pordioseando «más amor y menos olvido».

Pero don Gonzalo tiene que saber que algo suyo permanece en los estantes de la mente de cada uno de sus innumerables lectores, algo suyo en nosotros se ha hecho carne de alma y, no pocas veces, poesía del corazón para que él esté en nosotros y habite en cada uno.

Tanto «nos deja» en la metáfora del hispanismo*.

* Queremos agradecer a José Miguel Martínez Torrejón y a Nora Glickman la cesión de las fotografías que acompañan el texto del profesor Lissorgues. (N. del Comité de Redacción)